

los cuales, comprendiendo lo que pasaba, después de sacar á Don Agustín de aquel precipicio, fueron á aprehender con algunos policías á los gambusinos que estaban durmiendo á pierna suelta, acaso soñando con los montones de oro y plata acuñados que pensaban apropiarse. Ellos y sus mujeres fueron puestos en chirona á disposición de un juez de lo criminal.

### REPOBLACION DE JIMULCO.

En el artículo IV, después de referir la prisión de los gambusinos de Jimulco, dije estas palabras:

“Desde entonces la maleza y los reptiles se apoderaron de nuevo de aquel Mineral que con el tiempo hubiera sido un centro minero de importancia.”

Cuando escribí aquel artículo no sabía que el antiguo mineralito había sido repoblado últimamente, como aparece en el número 17, tomo XXII de este periódico, en el cual se publicó el siguiente suelto: “En Jimulco, perteneciente á la municipalidad de Viesca, se explotan, en condiciones bonancibles, las minas conocidas por La India, La Sultana, La Noche Triste, El Alférez, La Casita, La Candelaria y La Providencia, con una ley variable, en unas de plata, cobre y oro, y en otras de plomo, fierro y antimonio.”

En la época mencionada en el artículo á que me refiero, Jimulco pertenecía á la Hacienda de Sombreretillo del Estado de Durango, y por eso estaba sometido á las autoridades de Cuencamé; pero después fué agregado á la Hacienda de Pozo de Calvo que reconoce al Municipio de Viesca, del Estado de Coahuila, según se dice en el párrafo que he copiado.

Si el hacendado de marras, acérrimo enemigo de los mineros, no hubiese tomado tanto empeño en perseguirlos, tiempo ha que mi predicción se habría cumplido; pero como nunca es tarde para el bien, como venga, me complace el sa-

ber que ya hay población minera en Jimulco, y creo que á la sombra de la paz que felizmente disfruta la República y cuando la seguridad de las personas y sus intereses está plenamente garantizada por las leyes, aquel Mineral ha de alcanzar pronto una envidiable prosperidad, porque tiene abundantes elementos de riqueza. Es muy cierto que existen allí criaderos de minerales plomoso-argentíferos, y de cobre y fierro con escasa ley de oro. Los cupríferos se dividen en sulfuros y carbonatos, lo cual es una gran ventaja para una fundición en grande escala, porque teniendo presentes los adelantos de la metalurgia moderna, se puede formar revolturas muy fundentes con estos minerales, unidos á los tepustetes y á las calizas que también abundan por ahí.

Una de las dificultades con que tropezaban antes con mucha frecuencia los fundidores de cobre, era la resistencia que presentan los sulfuros para su reducción en hornos castellanos, los únicos conocidos entonces en el país; pues sucedía que estos compuestos se fundían antes de reducirse, formando matas que eran nuevamente reverberadas y fundidas varias veces.

En estas matas se veían pequeños lentes de cobre fino incrustados en la plancha ó lingote, á lo que llamaban los fundidores hacer jolas; y estos lentecillos procedían de los carbonatos que se reducen fácilmente en una temperatura elevada.

En aquella época se decía: *en la revoltura está el fundido*, apotegma cuyo alcance no se ha comprendido perfectamente entre nosotros, hasta que se han establecido las grandes fundiciones, en las cuales existe un ensayador experto que verifica, con toda escrupulosidad, el análisis de los minerales, y conforme con sus resultados hace las revolturas en las proporciones convenientes para obtener la reducción completa de los metales, según las prescripciones científicas.

La fundición en grande escala es indudablemente el sistema de beneficio del porvenir, si se atiende á la abundancia de minerales plomosos y ferrosos que hay en el país: la

cuestión es únicamente que haya combustible barato, ya sea nacional ó extranjero, y habiéndolo es seguro que el beneficio más ventajoso y económico será el de fuego en altos hornos.

Pero me voy engolfando en una cuestión que no ha sido mi ánimo el profundizar, por lo que paso á ocuparme del jefe de los gambusinos de Jimulco, pues ya que he hablado del Mineral, justo es que recuerde al activo é inteligente minero que lo restauró hace más de cuarenta años.

Era muy joven el que estas líneas escribe y vivía en Durango cuando recibió algunas cartas de personas de excelente posición en Zacatecas, en las cuales se le recomendaba de una manera especial al Sr. Don Vicente \* ..... quien habiendo sido juzgado y sentenciado en Cuencamé como autor de un robo sacrílego, había sido remitido á aquella capital para la revisión de su casa.

Tan luego como supe que el presunto delincuente estaba en la cárcel, fuí á visitarle. Confieso ingenuamente que jamás he sentido una impresión tan profunda como la que sentí en presencia de aquel hombre de aspecto simpático y venerable, á pesar de la humildad de sus vestidos, casi miserables, y cuyas cultas maneras contrastaban singularmente con el abandono de su persona, rayano en desaseo. No sé si fué el respeto, la simpatía, el asombro ó la conmiseración lo que me impresionó tan hondamente; pero lo cierto es que desde aquel momento me propuse ser, no un protector, sino un amigo fiel y sincero de aquel ser tan desgraciado.

—Tengo recomendaciones—le dije—de algunas personas de Zacatecas en favor de usted, y vengo á poner á su disposición mis servicios y el dinero que necesite.

—Muchas gracias, señor; pero ruego á usted que no se ofenda porque no acepte yo ni el uno ni los otros. Si mis enemi-

\* En consideración á que aún viven algunos deudos de este señor que murió hace algunos años, no doy aquí su verdadero nombre.

gos han logrado manchar mi reputación con un proceso escandaloso, abrigo la esperanza de que aquí se me hará justicia y será declarada mi inocencia por los magistrados.

—Lo creo; pero al menos consentirá usted en que se nombre defensor suyo al mejor abogado de la ciudad, y espero que no llevará á mal que le deje estos cien pesos en oro para sus gastos.

—Vuelvo á suplicar á usted que perdone mi negativa á recibir tales beneficios; pero yo he sido y seguiré siendo mi propio defensor, porque si aceptara otro y por su intervención llegase á obtener justicia, se creería que era debida á la habilidad é influencia del patrono y se dudaría de la pureza de mi conciencia. En cuanto al dinero ¿para que lo quiero? tengo en este establecimiento casa y alimentos..... y—añadió con cierta amarga ironía—hasta los cigarros que fumo son debidos á la munificencia del Gobierno; por otra parte, si de la noche á la mañana me viese el alcaide con dinero, podría creer que soy un ladrón y se agravaría mi causa.

—Si no temiera ofender la exquisita susceptibilidad y delicadeza de usted, le preguntaría cuáles son las pruebas más importantes que han presentado en contra de usted sus enemigos en apoyo de la acusación.

La prueba más importante, la única que ha causado impresión en las autoridades judiciales, según los considerándos de la sentencia, consiste en una docena de tejos de plata que recogieron á mis mozos y que, según afirman los curiales, conservan todavía las señales de los recortes de los vasos sagrados, después de fundidos. ¿No le parece á usted esto absurdo, señor?

—Sí me lo parece y mucho; porque para formar un tejo de plata se necesita fundirla y una vez fundida es preciso esperar á que se solidifique para sacarla del vaso, lo que no sucede sino después que ha dado vuelta ó ha pasado el relámpago, quedando una pieza homogénea, blanca y brillante, con cierto grado de pureza.

—¿Ve usted, señor, la cruel é infame injusticia que se ha cometido conmigo?

Y siguió expresándose con tanta exaltación y vehemencia en contra de sus jueces, que, después de haber procurado en vano calmarle, me retiré de aquel sitio con el corazón henchido de amargura; pero antes ofrecí de nuevo mis servicios á aquel hombre, proponiéndome ser leal y sincero amigo suyo.

Seguí visitándole con frecuencia y merced á mis asiduas atenciones logré que admitiese algún dinero para gastos; que tomase un departamento en la clase de presos de distinción, y que aceptase como defensor suyo al Sr. Don Carlos Lodoza, profesor bien reputado en el foro de aquella ciudad; pero lo que no pude conseguir jamás, á pesar de mis reiterados empeños, fué hacer cambiar de vestido á Don Vicente, pues usó hasta su muerte sombrero de petate, camisa y calzoncillos de manta, un cotense fajado á la cintera, otro cruzado sobre la espalda, y guaraches por único calzado.

Pocos meses después de comenzado el juicio en el Tribunal, se falló la causa absolviendo de la instancia al acusado, por falta de pruebas; y el que esto escribe otorgó la fianza que exigían entonces las leyes para presentar al acusado á los tribunales cuando mejorasen las pruebas, lo que jamás llegó á suceder.

Llevé personalmente al alcaide la orden de libertad y saqué de aquel espantoso lugar de suplicios, cogido del brazo á Don Vicente, y lo llevé á mi casa en pleno día por aquellas calles de Dios, tan contento y satisfecho como si hubiera llevado á mi padre. Tales eran la simpatía y el respeto que me había infundidoa quel famoso minero, tan inteligente como desdichado.

### UN GAMBUSINO SONBRERETEÑO.

Después de haber andado á caza de gazapos en algunos de mis artículos anteriores, justo es que ahora quiera andar á las bonicas, ya que dan ocasión para holgar las interminables discusiones en que se han engolfado últimamente ambas Cámaras Americanas, con motivo de la cuestión del metal blanco; cuya existencia en el mercado monetario se va prolongando á despecho de los financieros optimistas, y parece ser perdurable, según las trazas, á pesar de los empeños de los agoreros de hogaño.

Tengo también otra razón para dar de mano ahora á las historias mineras, y es, que *cada día gallina, amarga la cocina*, especialmente cuando no hay buenos condimentos para aderezarla, como me sucede con las mal pergeñadas narraciones, tan necesitadas de aderezo y compostura.

Comienzo, pues, el relato de un sucedido reciente.

Vagaba yo á la buenaventura uno de estos últimos días, por las calles del centro de la ciudad, cuando tropecé con un gambusino sombreroeteño, antiguo conocido mío, hombre de pelo en pecho y muy avispado, quien al verme me dió la mano diciendo:

—Dichosos los ojos que ven á usted, patrón; ¡tenía tantas ganas de verle!

—Yo también me alegro de verte; ¡hace tantos años que no te veía! ¿Qué andas haciendo por acá?

—Pues, señor, ya sabe usted que *el hombre pobre, todo es tra-*

zas. Faltó trabajo en Sombrerete, y me vine á buscarlo por acá, pero como *no hay hombre sin hombre*, andaba preguntando por usted para que me recomiende con alguno de sus amigos de Pachuca.

—Está bien; pero dime ¿por qué está parada la Negociación de Veta Negra?

—Pues dicen los americanos que por la baja de la plata; pero la verdad es que nadie entiende allá estas cosas, porque á los trabajadores nos pagaban con plata, lo mismo que antes; y como la Compañía beneficia los frutos concentrados en la gran fundición que tiene en San Luis Potosí, parece que no debía sufrir ningún perjuicio. Sin embargo, las minas no se trabajan, y nosotros andamos á la cuarta pregunta en tierra ajena.

—Tienes mucha razón: si los frutos que producen aquellas minas se benefician en el país, no debe sufrir perjuicio alguno la Compañía con la baja de la plata, supuesto que no tiene necesidad de malbaratar la suya, porque con ella paga sus gastos lo mismo que antes; pero he oído decir que esa empresa, como la de San Miguel del Mezquital, tiene algunos compromisos con las Compañías Mineras y Beneficiadoras de los Estados Unidos, que han suspendido los trabajos de las minas, y que ha obrado de acuerdo con ellas.

—Debe ser así, señor; pero como *siempre quiebra la sogá, por lo más delgado*, los pobres pagamos el pato: mientras los operarios andamos de puerta en puerta en busca de trabajo para atender á la subsistencia de nuestras familias, los Presidentes, Directores, Superintendentes, Secretarios y Empleados superiores de las Compañías mineras han de seguir en sus lucrativos puestos sin pena alguna.

—Así debe ser, para que se conserve la tradición de los negocios y se pueda comenzar de nuevo los trabajos cuando haya pasado la crisis.

—Si yo no digo nada, sólo lamento que Dios no me haya hecho pollo gordo; y eso que ya tengo muchos años de tra-

bajo en las minas: si se observara en ellas la escala, yo no sé lo que sería hoy, porque comencé de zorra, fui después ateca, barretero, palero, mandón, y ahora soy minero mayor para servir á usted. Mañana voy á su casa para que me haga favor de darme la recomendación que necesito.

Dicho esto se despidió de mí el gambusino y siguió andando por aquellas calles, con el puro en la boca, y con tal desparramo y regodeo, que parecía hombre acaudalado.

Al día siguiente se presentó en mi casa, me saludó con atención y naturalidad y comenzó á conversar de este modo:

—¿Verdad que es muy bonita esta capital?

—¿Te gustaría vivir aquí?

—Pues según y cómo: yo viviría aquí á gusto en compañía de mi familia y con un capitalito regular.

—Pero como ahora no lo tienes, podrías conformarte con un empleo modestito.

—Señor, si he de ser franco, diré á usted que no sirvo para empleado: soy vivo de genio y me gustan mucho los licores.

—Pero puedes moderar tu carácter y abstenerte de beber licores.

—Ya sabe usted que *genio y figura, hasta la sepultura*.

—Pues aún así, te puedes colocar en la policía, donde te podrían admitir con todo y máculas, porque no serías el primero que las tuviese.

—Pero, señor, ¿en que está usted pensando? Primero me muero de hambre que servir en la policía: yo que siempre he andado á cachetes con ella por quitarme allá esas pajas, y que he pagado más multas que pelos tengo en la barba, ¿habría de quebrantar ahora el ayuno al caer las doce?

—Bueno, hombre, no te alteres: irás á trabajar á Pachuca, como quieras; pero te advierto que hay allí muchos operarios ingleses que pueden hacerte competencia como paleos ó ademadores.

—Eso no importa, ya he trabajado muchas veces con ellos

y por cierto que hacemos buenas migas; hasta me han enseñado la lengua.

—¡Buena prueba de confianza es esa! Mostrar la lengua...

—Quiero decir que me han enseñado el idioma.

—¿Entonces sabes hablar el inglés?

—No tanto, señor, comprendo algunas palabras solamente.

—Pero no ganarías tanto dinero como ellos.

—Gano lo mismo, y algunas veces más, porque contrato á destajo los marcos, los tepextles y los ademes enteros, y ya sabe usted que no soy manco en el trabajo.

—Pues entonces, ¿por qué visten los operarios ingleses con más decencia que los mexicanos?

—Eso va en gustos; pero unos y otros gastamos lo mismo: ¿ve usted este sarape? es de estambre, está forrado de paño de grana y me ha costado sesenta pesos, lo que costará á un inglés un vestido entero, hasta con chistera. Mire usted este jarano: también me costó cincuenta pesos.

—Bueno, hombre, pero los operarios ingleses visten á sus mujeres con decencia, hasta con lujo, como las personas pudientes.

—Bien sabe usted que *sobre gustos, no hay nada escrito*; á mí que no me hablen de esas inglesas, porque no sé lo que digo: más que mujeres parecen imágenes de sacristía, por lo aforradas que están. Comenzando por los cimientos, ve uno largas botas de piel recia; luego, muchos trapos, pero muchos, hasta la parte superior de la garganta; después, guantes de piel sueca, montados hasta los hombros; cinturón ancho de cuero de cabra, con adornos de metal; y para coronar la vestimenta un sombrero de paja con flores campestres, y un velo negro cubriendo la cara hasta la parte inferior de la barba. ¿Es esto belleza? ¿Cómo se puede saber si no se le ve el cutis por ninguna parte? Se dirá que por la cara; pero aparte de que sólo se dejan dos dedos de muestra en la barba, usan ahora las señoras tantos mixtos en aquélla que no se puede asegurar si la tienen blanca, amarilla ó negra. Entre estas

mujeres y las nuestras ¡qué diferencia! Fíjese usted bien en una joven gambusina, y dígame, con la mano puesta en el corazón, si hay cosa mas linda. Con sus medias de seda caladas hasta la pantorrilla, zapatos bajos de raso, dejando descubierta la parte superior de los pequeños pies; enaguas de seda con ricos encajes, sobre fondos de lino, calados y bordados; camisa fina, bordada de seda de colores, con mangas cortas; rebozo de seda de aguas vivas, con tres cuartas de rapacejo, terciado al brazo; y la garganta y la cara descubiertas, sin afeites ni remilgos de ninguna clase. Estas, éstas sí que son mujeres, tal como las ha criado Dios, con toda la sal y la gracia naturales.

—¡Cuidado, hombre, no te entusiasmes tanto! Parece que vas olvidando tus años.

—Usted tiene la culpa, por haberme dicho que los paleros ingleses hacen más hermosas á sus mujeres con la vestimenta: yo convengo en que sean bonitas ellas; pero están aforradas que no se les conoce la hermosura.

—Eso debe consistir en que tienen mucho miedo al frío intenso de nuestras montañas.

—¡Quiá! ¿Pues qué no ven que las mexicanas andan descubiertas de los brazos, la garganta y la cara, y jamás se quejan de un catarro? Desde pequeñitas visten así, y se van acostumbrado al fresco de tal modo que su delicado cutis se vuelve muy resistente, sin perder por esto su suavidad y frescura naturales, ni ese color rosado, mejor diré, apiñonado, que les hace tan interesantes y extremadamente lindas. Y no me digan á mí que gastamos poco los mineros en vestir á nuestras mujeres, porque aunque usan poca ropa, esa es tan buena que á veces nos cuesta un ojo de la cara.

—Por lo visto, eres buen defensor de la familia, lo cual aplaudo sinceramente. Voy á hecerte otra pregunta: por qué los mineros ingleses hacen siempre ahorros y no los hacen ustedes, siendo así que ganan los mismos jornales?

—Aunque me esté mal el decirlo, nosotros somos muy

parejos: no nos gusta ver miserias, y cuando tenemos dinero lo gastamos á manos llenas, casi sin saber cómo.

—Viviendo de esa manera la vida es un soplo.

—¡Qué quiere usted, señor! mientras el trabajo dura, vida y dulzura; después, Dios dirá.

—En esto sí tienen los ingleses sobre ustedes una ventaja positiva: viven con método y hacen ahorros, lo cual es un beneficio para sus familias, para la sociedad y para el Gobierno, porque de esta manera aumenta la riqueza pública. ¿Sabes algo de economía política?

—¡Qué he de saber! Si no conozco la privada, ¿cómo he de conocer la pública ó política?

—¡Es extraño! Hoy todo el mundo habla de economía política con motivo de la baja de la plata.

—Pero ¿qué tiene que ver el Gobierno con que nosotros los mineros gastemos todo nuestro dinero? Y si en algo debe interesarse es en que seamos manirrotos y despilfarrados, porque de este modo aumentan los consumos y suben las entradas fiscales, especialmente en lo que se refiere á los alcoholes, que tanto nos gustan, y que nos cuestan ahora un sentido á causa de los nuevos impuestos.

—¿Ya ves como vienes hablando de economía política sin conocerla, lo mismo que lo hacen hoy todas las gentes? Lo malo es que desbarres tanto: pues qué ¿no sabes que de las fortunas privadas se forma la riqueza pública? Cuanto más ahorran los individuos, más rico es el país, y por ende el Gobierno marcha con más desahogo.

—Bueno, señor, dejaremos este asunto que no entiendo, y hágame favor de darme la recomendación para Pacucha.

Le dí una carta para un amigo mío de aquella ciudad, para que le ocupase en la gran negociación minera que dirige, con lo cual se despidió este gambusino tan entendido y vivaracho, cuyas ocurrencias me han regocijado de lo lindo.